

¿ME MIETO DEMASIADO?

La relación entre la familia y la escuela se ha estrechado mucho en los últimos años. Con las asociaciones de padres como bandera, la implicación de éstos en los centros educativos es cada vez mayor y, para los expertos, necesaria. Sin embargo, a veces, la colaboración positiva puede convertirse en intromisión, derivando en un enfrentamiento entre padres y centros que afecta, fundamentalmente, a los hijos. ¿Dónde está el límite? **Eva Millet**

Yo creo que mi padre, a lo largo de mi vida escolar, apenas pisó mi colegio. A las reuniones de principio de curso asistía mi madre. Ella también era la que acudía a la reunión con el tutor. Mi padre era un hombre muy ocupado pero yo, que también lo soy, paso muchas horas en el colegio de mis hijos. Soy miembro del Ampa (Asociación de Madres y Padres de Alumnos) y ayudo en las fiestas y en cuestiones organizativas, además de asistir a las reuniones de la Junta y con dirección. También voy a las reuniones de principio de curso y, por supuesto, a la del tutor. A veces, pienso que es demasiado!”

Quien así habla es un padre, de cuarenta y pocos años, con dos hijos en Primaria. Es una muestra muy buena de cómo han cambiado las cosas en la implicación escolar de los padres: sus hijos van al mismo colegio concertado al que él asistió, pero su presencia en el centro es muchísimo más intensa que la que tuvieron sus progenitores. No solo su padre, como explicaba, literalmente no pisaba el centro, sino también su madre que lo hacía un par de veces al año —tres, si había fiesta de fin de curso—, que era lo corriente entonces. Hoy, las cosas han cambiado mucho.

La implicación de los padres en la escuela se ha normalizado, convirtiéndose en mucho más activa. Más allá de la reunión anual con el maestro y la asistencia a actos relacionados con la escuela, los padres de hoy participan intensamente en estos a nivel organizativo. También se comunican con mucha más frecuencia con los maestros: ya sea a la hora de recoger a los niños, por teléfono e, incluso, vía

Hoy son muchos más los padres que trabajan en equipo con los docentes y una minoría aquellos que delegan la educación de sus hijos

email o WhatsApp. Algunos también entran en las aulas: en muchos colegios, se invita a los padres a que den charlas sobre sus profesiones en las clases de sus hijos. Asimismo, a través del Ampa y del consejo escolar, los padres participan en la toma de las decisiones más importantes. “La educación requiere siempre lo mismo: tiempo y cooperación con el colegio”, explica Josep Manuel Prats, presidente de Fapel —la Federación de

Asociaciones de Padres y Madres de Escuelas libres de Cataluña—. Desde este organismo, que representa a 140.000 padres y madres, coinciden en que la relación familia y escuela ha experimentado un cambio sustancial en los últimos años. En gran parte: “Porque las federaciones llevamos mucho tiempo haciendo presión ante las administraciones, ante los colegios... Y, al final, está claro que hay cosas que son básicas, sea cual sea la tendencia política”, resume Prats.

EDUCAR CON LAS FAMILIAS

En el ámbito de la nueva pedagogía se considera que la colaboración entre familias y escuela es importantísima. “Como afirma el escritor y gurú educativo Richard Gerver: ‘La escuela del siglo XXI no debe educar para las familias sino con las familias’”, señala el maestro Óscar González, autor del libro *Familia y Escuela. Escuela y Familia* (Desclée de Brouwer) e inspirador del proyecto Alianza Educativa, un punto de encuentro para que mejoren las relaciones entre las familias y la escuela. En su opinión, la colaboración entre ambas es “fundamental” y, afortunadamente, se ha incrementado mucho en los últimos años: “Cada vez son más



10 CLAVES PARA UNA BUENA RELACIÓN ENTRE PADRES Y ESCUELA

1 APERTURA Y COMUNICACIÓN La escuela no puede permitirse el lujo de levantar “barreras” que impidan la participación de las familias. Una difusión eficaz de lo que sucede en el centro es esencial tanto para su buen funcionamiento como para mejorar el rendimiento escolar global.

2 INCLUSIÓN Y PARTICIPACIÓN A veces, ocurre que son una minoría de familias las que tienen la línea directa con la escuela. Tanto desde dirección como desde las Ampas se debe incluir al máximo número posible de padres. Los centros que afrontan retos como comunicarse con los padres que no pueden asistir a las reuniones o que hablan lenguas distintas, tienen un mejor rendimiento global.

3 TODOS A UNA Padres y escuela han de compartir objetivos comunes para ir en sintonía. Idealmente estos serían aquella que tenga como resultado un hijo/alumno bien educado en todas sus facetas y que llegue a ser la mejor versión de sí mismo, como persona y como ciudadano. “Si fijamos este objetivo, la relación se personaliza”, aseguran desde Fapel.

4 RELACIÓN CON EL MAESTRO Es fundamental. La Fapel indica como idónea establecer una relación fluida y frecuente, donde, al menos tres veces por curso haya encuentros entre familia y maestro que permitan abordar todos los aspectos de la educación de cada niño.

5 HABLAR DE LA ESCUELA EN CASA Un estudio con 25.000 alumnos de EEUU evidenció que hablar de la escuela y casa —conversaciones entre padres e hijos sobre las actividades escolares y el contenido curricular—, inciden más en el rendimiento académico que cualquier otro abanico de medidas parentales.

6 NO CRITICAR Los padres jamás deberían criticar a la escuela delante de los hijos. Si algo no les gusta, deberían hablarlo con el centro, pero no con los hijos o con los otros padres, como se hace con frecuencia, en la puerta del colegio o vía redes sociales. Solo se consigue emponzoñar el ambiente.

7 EL RESPETO, SIEMPRE No se pueden consentir tampoco las faltas de respeto y amenazas que algunos docentes reciben por parte de padres equivocados de sus hijos. “Los problemas con el profesor se solucionan en la escuela y no en los grupos de WhatsApp de la clase”, observa el docente Oscar González.

8 TRABAJAR LA CONFIANZA Está comprobado que el rendimiento mejora cuando mediante la comunicación se fomenta la confianza entre maestros, alumnos y padres. Desde la Fapel resaltan que “es fundamental la conciencia de todos de que ‘el otro’ no es el enemigo”.

9 PERDER EL MIEDO Hay centros reticentes a que los padres participen porque ven a las familias como controladores y fiscalizadores de su trabajo. La nueva pedagogía insiste en que la participación hoy es indispensable así que hay que abrir puertas, dejando claro, por eso, el sitio de cada uno.

10 EN POSITIVO Los padres han de ayudar a sus hijos a desarrollar actitudes positivas hacia el aprendizaje, además de buenos hábitos de trabajo. Desde Alianza Educativa se pide extender esta actitud positiva hacia el mundo de la educación, tan intoxicada por el pesimismo y el desánimo.

los progenitores conscientes de que participar y colaborar en la escuela de sus hijos es clave”, explica. “Hoy son muchos más los padres que empiezan a trabajar en equipo con los docentes y una minoría aquellos que delegan la educación de sus hijos en la escuela”, añade. Para González, vivimos en una sociedad distinta, con grandes transformaciones “que están dando lugar a un movimiento de cambio educativo donde los padres también se sienten protagonistas”. Para este experto hoy se debería incluso hablar del “protagonismo educativo de las familias”, ya que, explica: “No son meros espectadores pasivos sino un elemento fundamental para que este motor de cambio funcione”.

UNA ACTITUD POSITIVA

Lo cierto es que, a medida que la sociedad reclama mayor transparencia y participación, esta colaboración familia-escuela se incrementa. Como explica Annie Kidder, directora de la organización canadiense People for Education, el papel de las familias en la escuela hoy es algo irrenunciable. En una conferencia en Barcelona subrayó que la colaboración entre ambas tiene dos escenarios: la implicación en casa y la implicación en el centro. La primera consiste “en tener expectativas altas pero razonables respecto a los hijos, hablar con ellos sobre la escuela, ayudarlos a desarrollar buenos hábitos de trabajo y una actitud positiva hacia el aprendizaje y, por último, leer juntos”. La implicación en el centro se resume en “hablar con los profesores, asistir a las reuniones, ofrecerse como voluntarios en las clases o asumir responsabilidades en el seno del consejo escolar”. En general, esto ocurre. Y, en ocasiones, incluso más. El papel de las Ampas, por ejemplo, hoy es clave, especialmente en tiempos de recortes. En muchos centros las familias han sido las que ha puesto los medios económicos para dotar o mantener infraestructuras. Este rol va más allá de otros fundamentales que llevan a cabo muchas Ampas en toda España, como



son procurar servicio de acogida en las horas no lectivas, la gestión de comedor y de las extraescolares, además de las actividades –casales y campus– que se llevan a cabo durante las vacaciones e incluso las colonias y campamentos.

LA PRESIÓN ES UN PROBLEMA

Se trata de un trabajo importantísimo y, en muchos de los casos, junto a una actitud involucrada y positiva desde casa, debería de ser más que suficiente para mantener ese rol activo que los padres deben de jugar en los colegios de sus hijos. O ese “protagonismo educativo” de las familias del que hablaba Oscar González. Sin embargo, en ocasiones este rol se amplía de forma excesiva. El deseo —obsesión incluso—, de algunos padres para conseguir que el mundo se adapte a sus hijos ha hecho que algunos entren en la escuela sin demasiadas contemplaciones. En consecuencia, la presión de ciertos progenitores es cada vez mayor sobre los centros, en especial, los que tienen asociaciones de padres potentes. Y ello puede conllevar beneficios, como los detallados antes, pero también, problemas. Porque pese a su labor positiva, las Ampas a veces pueden ser plataformas para que haya progenitores que

batallen para conseguir lo que ellos quieren para beneficiar a sus hijos en particular y no a la comunidad escolar en general. Como explicó Annie Kidder en su conferencia: “El poder de los padres puede convertirse también en una fuente de problemas. Puede ocurrir que algunas de sus reivindicaciones no se fundamenten en principios objetivos”. Desde la Fapel también destacan

A diferencia de antes, en la nueva relación familia-escuela el profesor ya no tiene siempre la razón, **ahora es todo lo contrario**

que en la actualidad “los niños se han convertido, si se permite la expresión, en un “bien escaso” y, en consecuencia, algunos padres tienen actitudes más intervencionistas o proteccionistas”. En el menú escolar, por ejemplo: se han dado casos, en escuelas en las que el comedor lo gestiona el Ampa, de madres que se han metido en esta asociación “para diseñar el menú para sus hijos, en base a lo que les gustaba a estos y lo que no”, me contaba un monitor de

comedor. Las Ampas también pueden ser plataformas para organizar fiestas, extraescolares o actividades basadas exclusivamente en los gustos de sus hijos (o de los padres), que no siempre redundan en el bien común. En ocasiones, los padres también exigen que se les asigne a sus hijos determinado profesor o pueden hacer presión para que se expulse a uno e, incluso, se intervenga sobre el equipo directivo. También se han dado caso de exigencias en el ámbito académico que, por las razones que sean, no sientan demasiado bien a maestros y dirección.

SI LO DICE EL NIÑO...

En la nueva relación familia-escuela otro cambio importante es que si antes el profesor siempre tenía la razón, ahora es completamente a la inversa. Hoy, lo que el dice el niño va a misa. Todo ello con el impulso de las nuevas herramientas tecnológicas (como los populares grupos de WhatsApp o el Facebook de los padres de la clase), que consiguen dar mucha más repercusión a críticas, exigencias o reivindicaciones que, a veces, son minoritarias o infundadas. El periodista y escritor Carl Honoré, autor de *Bajo Presión* (RBA), también ha detectado esta

tendencia de los padres de involucrarse cada vez más en la escuela. La define como “un arma de doble filo” porque, por un lado, puede ser positivo en aspectos como mantener la calidad de los maestros, por ejemplo. Sin embargo, “el problema surge cuando los padres se involucran de forma excesiva, lo que cada vez es más habitual”, observa. “Cuando el compromiso se transforma en intromisión, entonces todo el mundo sufre, porque se crea una atmósfera de conflicto entre padres y maestros”. Además, “se roba la autonomía a los hijos porque cuando

MANUAL DE USO DE LOS GRUPOS DE WHATSAPP

Se han convertido en una de las herramientas más cuestionadas del entorno educativo. En gran parte, debido a su poder de intromisión y al mal uso que se hace de ellos. Estos grupos, señala Oscar González: “Se convierten en un espacio para el cotilleo, la crítica, el desencuentro con el profesorado, etc. En muchas ocasiones en lugar de aprovechar esta fantástica herramienta acabamos haciendo un mal uso de la misma”. Asimismo, se han convertido en un recurso indispensable para ejercer de secretarios de los hijos. “Los mensajes para conseguir los deberes del día muestran la sobreprotección que hay detrás, y cómo estamos enseñando a nuestros hijos una útil habilidad: la irresponsabilidad”, escribía la pedagoga Cristina Gutiérrez Lestón en una carta en *La Vanguardia* titulada *El WhatsApp de las mamás de clase*, que se hizo viral. El sentido común —que, como observa el filósofo Gregorio Luri, a veces parece ser el menos común de todos los sentidos—, es la herramienta que los padres y las madres deberían utilizar para gestionar este tipo de grupos. Preguntarse antes de teclear: ¿Vale la pena lo que voy a escribir? Y, antes, si vale la pena estar en este grupo. Si el grupo de WhatsApp resulta un agobio —¡que lo puede ser!—, no hay que temer salir. Oscar González lo resume en tres filtros: “Pensar en la verdad, en la bondad y en la necesidad de decir lo que se va a decir”.



Cada uno tiene su rol. Los padres deben ser padres. Ni son sus amigos, ni sus guardaespaldas, ni sus abogados. Y los maestros son sus maestros

los padres van de arriba para abajo creando el ambiente perfecto para sus hijos, estos no aprenderán nunca como encajar con el mundo como es realmente”.

SIN FALTAS DE RESPETO NI DOBLE LENGUAJE

Y es que el niño, insisten los expertos, será el gran perjudicado si se da una relación de confrontación entre padres y escuela. “Los estudios indican que si las familias se implican de forma adecuada, los niños permanecen más tiempo en el sistema educativo y mejoran sus resultados. Un alejamiento de las familias propicia y favorece el temido fracaso y abandono escolar”, advierte Oscar González. Por ello, este maestro considera que “no podemos permitirnos perder el tiempo en el enfrentamiento y debemos buscar vías de colaboración”. En este camino, por eso, hay unas líneas rojas que no debe-

rían traspasarse nunca: como el hacer uso de un doble lenguaje. “Por delante del profesor hablo de una determinada manera pero luego por detrás hablo de otra”, ejemplifica, ni, por supuesto: “Las faltas de respeto que algunos docentes reciben por parte de padres, equívocos abogados de sus hijos”. Desde la Fapel señalan que, en casos de disputas la formación de los profesores es fundamental y también que todos tomen conciencia de que “el otro” no es el enemigo. “¡No en vano dejamos a nuestros hijos, lo mejor que tenemos, ¡en manos de los maestros! Sobre esto debemos apoyarnos para que el balance sea favorable”, remarcan. También recomiendan unos límites claros: “Cada uno tiene su rol. Los padres debemos ser padres. Ni amigos, ni colegas, ni sus guardaespaldas, ni sus abogados. Y los maestros son sus maestros. No otra cosa. Como dice el refrán, cada uno en su casa”.❤